

VICTORIA ÁLVAREZ

ILUSTRADO POR
THAÍS TORRENTS

Alma Blake

LA ESCUELA FANTASMAGÓRICA



ANAYA

Alma Blake

LA ESCUELA FANTASMAGÓRICA

1.ª edición: octubre de 2024

© Del texto: Victoria Álvarez, 2024
© De las ilustraciones: Thaís Torrents, 2024
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.es

ISBN: 978-84-143-3980-0
Depósito legal: M-13987-2024

Impreso en España - *Printed in Spain*



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Alma Blake

LA ESCUELA FANTASMAGÓRICA

VICTORIA ÁLVAREZ

ILUSTRADO POR

THAÍS TORRENTS

ANAYA

ÍNDICE

1. ¿Hogar, dulce hogar?	9
2. Visita a medianoche	16
3. Tostadoras y palomiteros	24
4. El primer día	31
5. Dos escuelas en una	40
6. Transfiguración	47
7. El peor fantasma de Inglaterra	53
8. Arañas radioactivas fantasmas	60
9. El arte de sembrar el caos	67
10. El doctor Westwood	75
11. Cacería fantasmal	82
12. El congelador iónico	89
13. ¡Asalto a la escuela!	96
14. Entre la niebla	103
15. El mayor de los horrores	112
16. El universo patas arriba	120
17. Un reencuentro inesperado	126
18. El Más Allá y el Más Acá	132
El experimento de Violet	142

Para Patricia García-Rojo,
amiga, compañera y persona genial

¿HOGAR, DULCE HOGAR?

A dos horas de Londres, en un pueblecito de tejados de pizarra, chimeneas ennegrecidas y callejones encharcados, había una casa en venta.

Delante del jardín había un coche recién aparcado.

Y dentro del coche, aferrado a una mochila con sus cómics y su videoconsola, había un niño llamado Aruv Khan cuya vida estaba a punto de cambiar..., aunque no como él esperaba.

En realidad, Aruv andaba con la mosca detrás de la oreja desde que su madre consiguió aquel trabajo del que no dejaba de hablar. Por genial que fuera su nuevo bufete de abogados, tendrían que dejar

Londres para empezar de cero en otro lugar. Concretamente en aquel pueblo al que Internet parecía llegar de milagro y en aquella casa que Aruv, medio hundido en su asiento, no dejaba de mirar con desconfianza.

Si hubiera sabido lo que pasaría en cuanto entrase, habría puesto pies en polvorosa. Pero no tenía ni idea, y solo sintió una pizca de sospecha cuando su madre, después de quitar el cartel de SE VENDE del jardín, regresó al coche para decirle: «Aruv, cariño...».

No había que ser Sherlock Holmes para adivinar que ocurría algo. Aruv se sabía de memoria las entonaciones de su madre.

—Aruv, cielo. —Eso era cuando estaba animada. Todo en orden.

—¡Aruv! —Eso era cuando se había acordado de algo. «Corre a comprar el pan», por ejemplo. Nada por lo que preocuparse.

—¡ARUUUUUUUUUUUUUV! —Eso era cuando había metido la pata pero bien. Normalmente, por haber dejado su cuarto patas arriba, con las zapatillas sobre la cama, envoltorios de chicle tirados... Alerta rojo tomate.

Esa tarde, sin embargo, su madre le habló de un modo distinto. Como si supiera que se iba a producir una catástrofe, y de las gordas.

—Aruv, cariño... —Sus ojos pasaban de la casa a Aruv y de Aruv a la casa. Si seguía así, iba a quedarse bizca—. Debo contarte algo.

«Ya está», pensó emocionado. «Se ha dado cuenta de que es un error».

—Es sobre la casa —siguió diciendo su madre—. Mejor dicho, sobre lo que hay cerca..., detrás de esa tapia. —Hasta que no señaló en esa dirección, Aruv no distinguió un pequeño muro en el jardín—. No te va a gustar.

—Dijiste que viviríamos cerca de la escuela —se horrorizó Aruv—. Eso no es cerca, mamá, ¡es al lado! ¡Todos sabrán dónde encontrarme!

—No, la escuela está al final de la carretera. Lo que vamos a tener al lado es... En fin —suspiró ella—, mejor descúbrelo tú mismo.

Entonces bajó del coche, abrió la puerta del copiloto y Aruv, sin entender nada, bajó también. Un caminito rodeado de flores serpenteaba hasta la casa, cuya puerta estaba pintada de blanco, pero

su madre no le condujo hasta allí. En vez de eso, le agarró de la mano para acompañarlo hasta la tapia.

Cuando Aruv asomó la nariz por encima, casi le dio un infarto.

—¿Un cementerio? —Con las prisas que se dio por apartarse, se cayó de culo sobre un arbusto—. ¿Nuestra casa está en un cementerio?



—Claro que no, tonto. Te he dicho que viviríamos cerca, no que...

—¡Pero sabes el miedo que me dan! ¡Y no dijiste ni mu!

—Porque la casa es preciosa —se enfadó ella—, queda a cinco minutos de mi trabajo y tú, Aruv, tienes diez años. Ya eres demasiado mayor para esas tonterías. ¿Qué puede haber ahí que te dé tanto miedo?

¿Qué podía haber? Si Aruv empezaba, no acabaría nunca. Esqueletos en cada rincón. Zombis asquerosos y malolientes. Vampiros sedientos de sangre.

—Voy a meter el coche en el garaje —continuó su madre—, y tú deberías ir subiendo tus cosas. Cuanto antes nos instalemos, antes podremos cenar.

Los de la empresa de mudanzas se habían adelantado con los muebles, así que lo único que Aruv tuvo que sacar del coche fue su mochila. Al entrar detrás de su madre, todavía con la piel de gallina, vio que la casa parecía normal y corriente. Una de las puertas daba a un salón, otra a una cocina y, junto a una pared, había una escalera.

«Por ahí se irá al primer piso», pensó mientras Durga, su gata, salía disparada escalera arriba. La muy ingrata ya se había olvidado de Londres.

—Mamá tiene razón —susurró Aruv mientras la seguía—, ya soy mayor para esto. Es como si fuese un jardín, lleno de hierba, flores y...

Pero, al pasar frente a la ventana de la escalera, sintió otro escalofrío.

Era como si fuese un jardín, sí... solo que decorado para Halloween por unos duendes aburridos de ser los buenos de los cuentos.

Había tantas cruces de piedra que Aruv no pudo contarlas. Panteones del tamaño de casitas asomando entre los árboles. Estatuas de ángeles que, pese a estar cubiertas de cacas de paloma, seguían siendo terroríficas.

—¡Aruv! —volvió a llamar su madre desde abajo—. ¿Quieres hacer el favor de subir? Tu cuarto es la segunda puerta a la derecha.

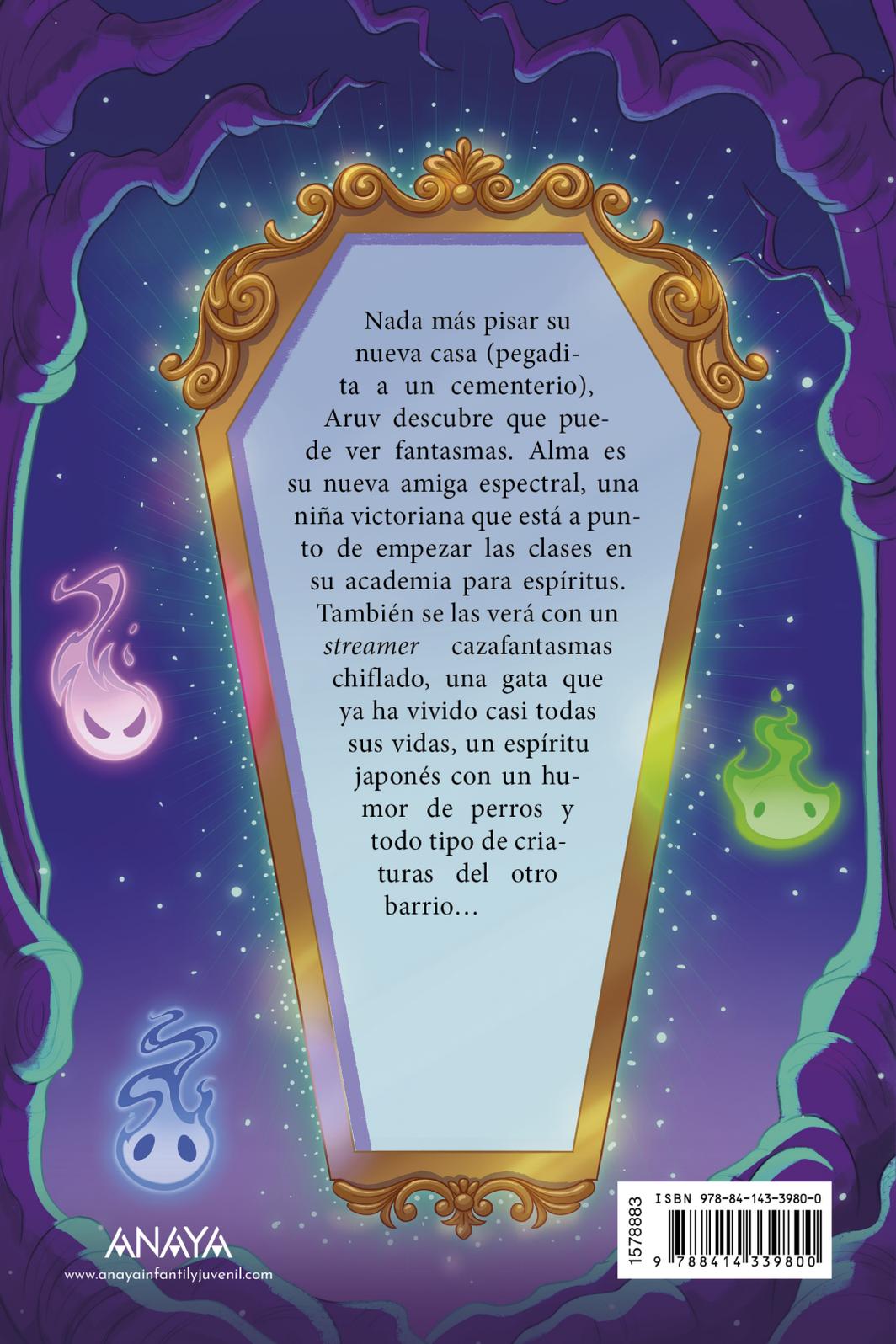
—Ya... ya voy —contestó Aruv, temblando—. Solo estaba...

Pero entonces vio algo, entre dos ángeles de mármol, que casi hizo que se cayera de culo por

segunda vez. Una persona que observaba la casa con los ojos muy abiertos. Una niña de su edad con dos trenzas larguísimas...

¡Una niña que flotaba a más de dos metros del suelo!





Nada más pisar su nueva casa (pegadita a un cementerio), Aruv descubre que puede ver fantasmas. Alma es su nueva amiga espectral, una niña victoriana que está a punto de empezar las clases en su academia para espíritus. También se las verá con un *streamer* cazafantasmas chiflado, una gata que ya ha vivido casi todas sus vidas, un espíritu japonés con un humor de perros y todo tipo de criaturas del otro barrio...

ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1578883 ISBN 978-84-143-3980-0



9 788414 339800